

Sobre la libertad. Estructuras sociales de la autonomía individual - Capítulo 6. Clases sociales y redes personales.

De Grande, Pablo.

Cita:

De Grande, Pablo (2019). *Sobre la libertad. Estructuras sociales de la autonomía individual - Capítulo 6. Clases sociales y redes personales*. Buenos Aires: Ediciones Universidad del Salvador.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/pablo.de.grande/64/7.pdf>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pcWP/vaE/7.pdf>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Capítulo 6. Clases sociales y redes personales

Introducción

La relación entre estratificación social y sociabilidad, y en particular entre clase social y redes personales, es central en esta investigación por varias razones. Por una parte, la impronta de la estructura social, observada a través de las condiciones de clase de los sujetos, permite vincular a las redes personales con fenómenos de más largo alcance, que las especifican y redefinen.

Al respecto señala Goffman (pero también Bourdieu y Elias, entre otros) que el despliegue de estas relaciones dista de ser un proceso transparente a sus protagonistas. Los vínculos interpersonales, contrariando una percepción espontaneísta de la sociabilidad, se establecen en ámbitos socialmente condicionados y reglados, por medio de marcos estructurados operativa y sustantivamente. De esta forma, las redes personales que emergen en diferentes espacios se encuentran condicionadas de modos específicos y típicos.

Como consecuencia de esta disposición, es posible suponer que los efectos percibidos como producto de la interacción intersubjetiva sean, al menos en cierta medida, manifestaciones de condiciones subyacentes de clase que orientan coherentemente hacia tales modos de sociabilidad. Es decir, que con fines explicativos, las relaciones sociales pueden tener un valor limitado si su constitución se derivara de condiciones que las anteceden, como las características del espacio social que las enmarca. En términos de Bourdieu, cabría preguntarse si la clase social, a través de su habitus característico, así como de las restricciones materiales de su localización, no es la responsable de mantener alineados (y así, correlacionados) lazos y representaciones.

La mirada sobre la relación existente entre la estratificación y la sociabilidad, que será desarrollada en este capítulo, debe permitir identificar los márgenes de libertad con los que operan las redes personales. Es decir, el modo en que –con independencia de la clase social– una parte de ellas responde a la lógica de su propia reproducción, y a la influencia de factores que exceden la determinación de la estratificación social.

En este punto, cabe insistir sobre la especificidad de los vínculos como sustancia de análisis, para evitar considerarlos un atributo o capital más en la vida de los sujetos. Su lógica se opone a la posibilidad de acopio de bienes muebles o inmuebles, o incluso –con cierto límite en el grado de obsolescen-

cia— las credenciales educativas, los vínculos no pueden darse en estado de ‘almacenados’.

Cuando dos personas no se frecuentan, o viven a muchos kilómetros de distancia, el vínculo suele apoyarse en un pasado en común, y en la confianza de que es posible volver a esa relación ‘como si el tiempo no hubiera pasado’. Sin embargo, eso resulta excepcional, y usualmente es aplicable a escasas relaciones, que se sostienen por fuera de la actualización cotidiana.

En general, los lazos interpersonales estrechos se apoyan en ‘compartir tiempo’. Asimismo, se encuentran en el lugar ontológicamente ambiguo de ser, a la vez, actividades (situadas y sucesivas) y contratos (abstractos y atemporales).

Esto aporta una riqueza singular a su tratamiento, ya que la relación en tanto actividad se define como algo del orden del hacer, por el cual las personas se reúnen y ocupan sus energías físicas y mentales (charlar, trabajar, jugar, cocinar, salir). Eso las vuelve concretas espacial y temporalmente.

En su segunda dimensión, como contrato, se trata de un nexo simbólico por medio del cual —con relativa independencia de la copresencia y del contexto— las personas comprenden la relación en términos de adhesión, de lazo afectivo y moral. Así se instituyen operaciones constitutivas de la vida social como la confianza, el afecto o la gratitud.

A partir de estos significados complejos del que son portadores los lazos relevados, serán presentados en este capítulo las formas en que se observan las relaciones con los espacios y roles sociales centrales (la familia, la amistad, las instancias institucionales), diferenciado de acuerdo a la posición de clase.

A este respecto, es importante señalar aquí la importancia del abordaje cuantitativo sobre el total de la población, poco frecuente en estudios de redes personales. Por medio de trabajos etnográficos, se ha podido establecer que muchas dificultades que atraviesan los sectores más vulnerables se gestionan con apoyo en las redes personales de sus poblaciones (Enriquez Rosas, 2000; González de la Rocha, 1986; Lomnitz, 1975; Odone, 2012). Estas evidencias parecen sugerir, por extensión, que las redes de personales de los sectores vulnerables han de ser más extensas y activas que aquellas de los sectores medios, los cuales se valdrían en forma más efectiva del Estado o del mercado para resolver sus necesidades. Como corolario de este mecanismo, podría concluirse que en los sectores vulnerables los vínculos interpersonales (por oposición a las afiliaciones institucionales y sistémicas) son más numerosos, necesarios, cotidianos y duraderos que en espacios de mejor posición social.

Como se observará, estas tendencias no coinciden con lo hallado en el trabajo de campo: un mayor capital económico y educativo implicó una sociabilidad más amplia, en términos de diversidad y cantidad de vínculos, ya sea por origen, localización espacial o clase social.

En este capítulo se presentan los niveles de asociación entre la estratificación por ingresos y por educación con las interacciones de amistad, familiares, barriales e institucionales (trabajo y educación), así como investigaciones que han trabajado estas dimensiones con anterioridad, y se señalan sus tendencias y resultados.

Antecedentes

En este escenario, cabe señalar la existencia de estudios de redes personales que investigan la relación entre aspectos vinculares y la posición de clase social.

Buena parte de estos trabajos parten del análisis del lazo social en contextos de vulnerabilidad, de pobreza o de marginalidad en el ámbito latinoamericano¹ (Ramos, 1981; Espinoza, 1999; Enriquez Rosas, 2000; Feldman y Murmis, 2002; Forni y Nardone, 2005; Gutiérrez, 2005). Ramos, en su estudio de caso de una familia del Gran Buenos Aires, destaca la diferenciación entre intercambios de mercado e intercambios por relaciones personales. Estos últimos no están sujetos a plazos o volúmenes y cálculos precisos por parte de los actores; por el contrario, la validez de la confianza y de los lazos de ayuda requiere para su reforzamiento, según la autora, de separación temporal, flexibilidad o incluso una indiferencia respecto a los volúmenes transaccionados (Ramos, 1981, p. 24).

De esta forma, no solo se resuelve un plano material de carencias, se produce también un valor simbólico: la realización de un favor o la ayuda como expresión de afectividad entre los involucrados, respecto del cual la transacción material es solo un medio².

También desde una perspectiva cualitativa Forni y Nardone, a través de entrevistas y grupos focales, estudian la interacción de las relaciones personales con las institucionales en espacios de vulnerabilidad, y analizan los mecanismos que operan en la distribución de microcréditos en el área del conurbano bonaerense (Forni y Nardone, 2005, p. 24).

1. Existen también investigaciones que atestiguan situaciones no caracterizadas por la pobreza, como el trabajo sobre vínculos personales de profesores chilenos de Lomnitz y Melnick (1994).

2. Dice Ramos: “en este sentido, la ayuda es valorada con independencia a su contenido material” (1981, p. 51).

Feldman y Murmis (2002), por su parte, trabajan los lazos desde la distinción ocupacional de formalidad/informalidad. Tienden puentes entre estas categorías –centrales en el análisis de espacios latinoamericanos– y la medición y análisis de mecanismos de redes personales. Algo singular respecto a lo laboral en este estudio –también compartido con el trabajo de Teves, Crivos, Martínez y Sáenz (2002)– es que se analizan las relaciones no ya necesarias para acceder a la ocupación, sino las que se utilizan en el ejercicio de las actividades observadas. Trabajan en los niveles de vínculos personales, mercantiles e institucionales.

Los trabajos de Espinoza en Chile (1999) y de Enriquez Rosas en México (2000) involucran relevamientos cuantitativos de redes personales en espacios pobres. Buscan captar no solo lazos de intercambio de bienes y servicios, sino también los instituidos por valores emotivos. Para ello, relevan información sobre el contenido de las relaciones por medio de encuestas –en el caso de Enriquez Rosas, hace también entrevistas sobre un número más reducido de casos– en las que se observan fenómenos tales como la preeminencia de lazos familiares en ciertos subgrupos, o la intensidad de ciertas relaciones consideradas por su frecuencia y contenido.

Desde una perspectiva etnográfica, el trabajo de Ramiro Segura pone en cuestión los sentidos que se atribuyen a la ‘segregación residencial’ en los trabajos que la analizan en el contexto latinoamericano. En diálogo con los estudios de guetos raciales estadounidenses, estudian los niveles de separación de los sectores pobres respecto del resto de la trama urbana (Katzman, 2001; Sabatini, Cáceres y Cerdá, 2001; Rodríguez y Arriaga, 2004). Segura argumenta que esta presentación de la cuestión tendería a sugerir escenarios de aislamiento social que no aparecen como tales al observarse las interacciones y desplazamientos cotidianos, a la vez que subestiman (no tratan) la importancia de la falta de acceso a servicios esenciales en dichos barrios como la salud, el transporte o la educación (Segura, 2012, p. 108).

En términos generales, estas investigaciones coinciden en la relevancia de las redes sociales y de intercambio para asegurar los elementos mínimos para la subsistencia en condiciones de pobreza. Al tiempo que esto opera como un hallazgo aún no plenamente recibido por la investigación demográfica, no concluimos que la centralidad de los lazos sería una singularidad de los sectores pobres (el carácter decisivo de los intercambios informales y los mecanismos de don y contradon³).

En las investigaciones en que esto ocurre (la asociación de lo vincular

como algo propio de la pobreza) las prácticas de estos sectores se contraponen a las de un estilo de vida que correspondería a los no-pobres, presentados como sujetos ‘autónomos’, que se relacionarían en forma directa con el Estado o con los diferentes mercados –laboral y de bienes y servicios–. Este modelo de individuo autosuficiente, que los investigadores a veces imputan a sus sectores de pertenencia (no-pobres), posiblemente evoque más un ‘ideal’ que se entremezcla con los supuestos de investigación que un hecho verificado empíricamente.

Al respecto, cabe señalar una ausencia de trabajos que permitan validar esta contraposición, es decir, investigaciones que se propongan estimar cuál sería la condición final de trayectorias individuales en jóvenes o adultos de familias de sectores medios o altos de no haber contado ellos con sus redes y ‘ayudas’ informales (que incluyan préstamos de bienes muebles e inmuebles, recomendaciones laborales, garantías inmobiliarias, servicios profesionales facilitados por las redes de contactos). Tampoco se cuenta, asimismo, con trabajos que permitan comparar redes personales en forma estadísticamente generalizable por posición de clase en la Argentina. Es decir, que cuando se trabaja la situación de las relaciones personales en sectores marginados o de bajos recursos, usualmente no se implementan estrategias de grupo de control o de estudios comparadas que hagan visible la especificidad de tales redes en el contexto general.

En relación a la problemática de las redes y la pobreza, Gutiérrez (2005) contextualiza la posición de los pobres en una trama de relaciones entre pobres y con ‘no-pobres’, e introduce dos variaciones relevantes en comparación con varios estudios próximos a la temática: por una parte, no caracteriza la situación de pobreza como la suma de un conjunto de carencias, sino en función de aquello de que los ‘pobres’ disponen. Esta salvedad no responde a un espíritu optimista (mirar qué se tiene y no qué falta), sino que por el contrario emerge como una necesidad a la investigación para habilitar un análisis que pueda captar los mecanismos por los que se reproducen o alteran las condiciones de vida de las poblaciones estudiadas por medio de los recursos que en efecto poseen y movilizan.

En segundo lugar, la autora plantea la necesidad de considerar las relaciones de los actores con los demás agentes sociales que intervienen en su espacio en el marco de intercambios (sincrónicos y también diferidos) de capitales diversos. De esta forma, las ONG en el barrio, los políticos, y por supuesto los investigadores, acceden a dichos campos esperando sacar algo a cambio. Pasan, así, por procesos transaccionales en función de las formas negociadas y dinámicas de relación que se establecen. A partir

de ellos, caracteriza retrospectivamente el papel de los lazos intersubjetivos que tuvieron lugar en un barrio de Córdoba durante tres décadas, para dar cuenta de los efectos de clase (de acumulación y valorización de capitales) que se produjeron en la relación entre los actores que lo habitaron y frecuentaron.

Fuera del ámbito latinoamericano, también existen estudios que vinculan los lazos interpersonales con efectos y condiciones de clase, mediante aspectos específicos de la sociabilidad por clase (Ferrand, Mounier y Degenne, 1999; Lee y Campbell, 1999; Kuehnast y Dudwick, 2004) y bajo la perspectiva del vínculo como un canal de acceso a recursos (Van der Poel, 1993; Lieber y Sandefur, 1998; Mickelson y Kubzansky, 2003; Dominguez, 2004; Lee, Ruan y Lai, 2005; Agneessens, Waeghe y Lievens, 2006; Van Emmerik, 2006).

Las discusiones sobre los efectos de la participación en redes sociales de intercambio (con frecuencia ligadas al concepto de capital social) han despertado el interés de organismos como la CEPAL y Banco Mundial (Groottaert, 1998; Lederman, 2001; Woolcock, 2001; Atria et. al., 2003), centrales en varias iniciativas y análisis. Asimismo, la definición del concepto de capital social no unívoca, y su empleo ha sido recurrentemente cuestionado (ONS, 2001; Bagnasco et. al. 2004).

De Filippis (2001), y más ampliamente Fines (Sabatini, 2003), esbozan críticas que destacan el riesgo de aislar el análisis político y el contenido social del análisis coyuntural. Ello implica reducir la pobreza o la desigualdad al análisis de relaciones interpersonales, cuando usualmente estos fenómenos responden a cuestiones estructurales que exceden la interacción cara a cara.

La estructura social y los vínculos

La información producida por esta investigación pone su atención en los vínculos personales a los que los encuestados señalaron como confiables y disponibles, a los que recurrirían ante situaciones problemáticas de importancia. Este conjunto de lazos está constituido por relaciones estables y activas por su duración (mayoritariamente, de más de cinco años) y por la frecuencia del contacto (diario o semanal, en la mayoría de los casos).

La estabilidad de las relaciones provoca un efecto de solidez en las redes personales, que es a la vez una virtud (por su confiabilidad) y una debilidad (por su poca adaptabilidad).

Por una parte, la persistencia en el tiempo permite que actúen como soporte ante coyunturas adversas. Ante situaciones problemáticas, los recur-

son provistos por relaciones previas, que permiten conectar la bonanza pasada con las crisis presentes. Esto aporta robustez a la estructura que sostiene las alternativas subjetivas de afrontamiento. Sin embargo, el carácter durable de las relaciones supone también una ritualización: las relaciones de larga duración monopolizan el lugar de los contactos en los que se confía en situaciones o cuestiones importantes.

La rigidez de la estructura global de relaciones es hostil a quienes carecen de vínculos con ella. La movilidad social y la movilidad migratoria se producen bajo un escenario relacional donde las relaciones de apoyo no pueden establecerse de un día para el otro (ni de un año para el otro), por lo que a la precariedad de los migrantes y de quienes experimentan una movilidad social descendente (que puede conllevar cambios de barrio o de ciudad) se agrega la débil adaptabilidad de la estructura vincular.

Como consecuencia de la preferencia por los vínculos de larga duración, estos se constituyen en un recurso emocional y funcional de difícil reemplazo. La socialización conforma así no solo un proceso de transmisión de capital cultural y de perpetuación del *habitus* localizado, sino que se inserta asimismo en el largo camino del armado de la red personal. A diferencia de la percepción de los vínculos como lábiles e inestables, persiste un núcleo de la red personal en lapsos de tiempo relativamente largos (más de 5 años). Este núcleo, aparece a su vez relacionado a la posibilidad de encontrar apoyo ante situaciones adversas, es decir, se liga al mismo tiempo con el nivel personal de la cotidianidad –el plano de las ‘charlas personales’– y con el plano general de los problemas de índole excepcional.

Tanto para el capital económico como para el capital educativo, se constata que una mejor posición social asegura en forma promedio una red más amplia de lazos personales, con diferencias que van de 1,58 vínculos promedio para niveles bajos a 1,93 vínculos promedio para niveles altos en el capital económico ($p<0,001$), y de 1,48 vínculos por persona a 2,05 vínculos para el capital educativo ($p<0,001$, Figura 6.1). Aunque podría esperarse que quienes tengan menos vínculos estables busquen establecer nuevos vínculos con mayor frecuencia, en todos los casos la mayor parte de ellos (más de un 70 %) remite a relaciones durables, de más de seis años. La proporción de los recientes es baja incluso en los estratos con menos relaciones (Anexo estadístico, Figura 8.2).

A lo largo del ciclo de vida, los lazos tienden a reducirse en cantidad: de 1,96 vínculos a 1,61 vínculos ($p<0,050$), sin mostrar diferencias por sexo.

Figura 6.1. Promedio de vínculos en la población adulta (18 años y más) según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

Promedio de vínculos por encuestado	
Capital educativo*	
Bajos	1,58
Medios	1,74
Altos	1,93
Capital económico**	
Bajos	1,48
Medios	1,76
Altos	2,05
Edad	
18 a 35 años	1,96
36 a 55 años	1,62
56 años y más	1,61
Sexo	
Varón	1,76
Mujer	1,76
<i>Total</i>	<i>1,76</i>

* Capital educativo considerado por nivel educativo del encuestado agrupado en: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

** Capital económico calculado como terciles de ingresos familiares por equivalente adulto en el hogar.

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

Primeramente, los lazos personales estudiados en función de clase no operan como un recurso de los más pobres, es decir, que no aparecen como un sustituto de bienes materiales o simbólicos escasos. En este sentido, no podemos afirmar que quienes están mejor posicionados reproducen su existencia recurriendo menos a otras personas.

Este ideal, del sujeto autosuficiente en los sectores medios y altos, que se realiza a través del éxito profesional o económico, no se condice con los datos recogidos. Por el contrario, la presencia de vínculos estables se encuentra más extendida en los estratos mejor posicionados, y en los individuos de menor edad.

Asimismo, la disminución del número de vínculos al avanzar en el ciclo de vida refuerza el concepto de que los lazos no son elementos estáticos que

se acumulan mecánicamente en el tiempo. Más bien se trata de imágenes de un proceso continuo y dinámico de construcción y reformulación de relaciones, por medio de interacciones y de procesos subjetivos individuales en constante transformación, pasibles de deterioro y pérdida.

La estructura social y los espacios sociales de socialización

Este proceso de interacción, por su parte, se desarrolla –en tanto que experiencia concreta– en espacios sociales específicos. El concepto de espacio social resume, en forma agregada, varios niveles espaciales que ya han sido introducidos. El espacio social permite señalar la conjunción de un lugar físico, un campo, con relaciones y sujetos que interactúan y se desarrollan. Dentro de esa definición, no debe perderse de vista el carácter específico de los sujetos, es decir, que cada individuo se suma al ‘espacio’ con cargas particulares de capitales y con atributos adicionales y parcialmente independientes a sus dotaciones de capital (tal como el sexo, la edad, la ocupación, pero también los gustos musicales, los orientaciones políticas o el origen étnico). Asimismo, los espacios sociales suponen una carga material y simbólica propia de su historicidad, que se hace visible a los sujetos y a su entorno. De esta forma, los espacios reflejan sentidos de su institucionalidad pasada, al mismo tiempo que proyectan entre los sujetos que los recorren distancias en múltiples niveles: distancias físicas, relacionales y atributivas (por características individuales dependientes o no del espacio específico).

La existencia y persistencia de estos espacios sociales suponen un conjunto de elementos, que incluyen tanto actores localizados como recursos materiales. Respecto a ellos, queda implicada la disponibilidad de una locación física (el lugar en tanto terreno), como también los edificios dentro de los que suceden (o los medios de comunicación como el teléfono o redes de computadoras cuando suponen un interacción de agentes ubicados a la distancia), además de elementos que pueden ser propios al tipo de interacción o actividad que albergue (si fuera una escuela los pupitres, tizas, estufas, etc.; si fuera un cine el proyector, cortinados, parlantes, etc.; si fuera un banco mostradores, sellos, computadoras, etc.).

A su vez, pueden caracterizarse por los grados de organización que posean, donde se diferencian los meros ‘círculos sociales’ de las instituciones organizacionales más formalmente estructuradas.

Asimismo, existen espacios sociales que pueden no remitir a instancias institucionales relevantes por su falta de recurrencia o por su naturaleza meramente funcional (un bar, una estación de trenes, una fiesta, una calle, etc.).

La significación de cada espacio (y aún más, el tipo de espacio en que

se constituye) está ligada al papel que cada persona cumple dentro de esos ámbitos, de modo que un mismo espacio social puede implicar diferentes clasificaciones para diferentes perspectivas de relato. En el caso de un aeropuerto, puede resultar ‘simplemente un lugar’ para personas que lo atraviesan ocasionalmente; un ámbito de reunión para un ‘círculo’ de viajeros frecuentes; o un lugar institucionalizado en las pautas de ‘lugar de trabajo’ para sus empleados.

Los espacios sociales –que incluyen a los círculos, las instituciones y los ‘simplemente espacios’– no son un contenedor estático de relaciones. Por el contrario, constituyen un modo central de regulación de las relaciones, en tanto condicionan la variedad de los tipos de interacción que son esperables y aceptados en ellos.

Las conversaciones, actividades, vestimentas, posturas y opiniones que son pertinentes en cada espacio se exponen por vías tácitas pero también de forma manifiesta, modulando los lazos interpersonales en forma regular y sostenida.

No menos importante es que los espacios suelen pautar o dar por sobreentendido una clausura sobre quienes pueden estar en ellos. Es decir, no solo producen una reducción de las opciones de interacción al interior, sino que provocan un recorte del universo sobre las personas que efectivamente pueden encontrarse realizando esas interacciones en ellos. Este proceso de selección usualmente no requiere que las personas lleguen a la ‘puerta’ de estas instituciones para definir su pertinencia con respecto del espacio. Con excepciones, como lo son por ejemplo los clubes nocturnos, se suele saber de antemano con suficiente claridad quiénes son competentes para entrar en cada espacio social, gracias a un aprendizaje que es transmitido como tipificación de quiénes pueden y –especialmente– quiénes no pueden entrar en ellos.

Esta información funciona como una suerte de profecía creadora que establece que ciertos lugares deben ser frecuentados por cierta clase de individuos y no otros. En muchos casos, el único sustento de tal demarcación es la tradición consagrada del uso (las piscinas son mixtas pero las peluquerías distinguen por sexo; el rugby solo es practicado por hombres pero en el boxeo se admiten mujeres; el fútbol es mixto especialmente allí donde los hombres lo juegan poco).

La exclusión explícita por sexo es aun frecuente en una diversidad de ámbitos. Estos abarcan experiencias que se producen a lo largo de toda la vida, introducen y luego confirman a las personas la falta de equivalencia de los sexos. Esto ocurre en instancias educativas (en el caso de la Argen-

tina existen escuelas de orden religioso tanto primarias como secundarias diferenciadas por sexo, mientras que la instrucción deportiva se realiza casi exclusivamente separada por sexos también en instituciones estatales), al igual que en todo el abanico de profesiones y ocupaciones en el que se transmite, desde niños, nociones de correspondencia por sexo tales como 'el plomero', 'la maestra', el 'ama de casa'. Estas categorías son la antesala de las jerarquizaciones operantes en la producción de la sociedad, donde la división de ocupaciones se convierte en estratificación de posiciones y remuneraciones.

De igual forma, la segmentación por sexo se da también en ámbitos cotidianos de consumo; buena cantidad de los productos, incluidos los tipos de comida, los productos para el hogar, la ropa, los autos y otras formas de transporte, los pasatiempos (ya sean juegos de mesa, espectáculos, tipos de película, libros, juguetes, etc.) se encuentran con frecuencia diferenciados explícita o implícitamente para ser recibidos por uno y otro sexo. Ambos ámbitos (el consumo y la producción) se enlazan a su vez en el campo más amplio de la división entre lo doméstico y lo social. La casa es el lugar tradicionalmente reservado a la mujer, 'privilegio' que se perpetúa incluso cuando se ha flexibilizado la exclusión de las mujeres en el mercado de trabajo y en la vida política.

De igual modo, encontramos restricciones relativamente nítidas para la participación en espacios sociales si examinamos los condicionamientos por edad. Los ámbitos escolares se apoyan por excelencia en criterios de este tipo, no solamente excluyendo a los adultos del espacio educativo (hermanos mayores, padres y vecinos son usualmente solo bienvenidos en ocasiones 'preparadas' para ellos, tales como actos, jornadas, ferias), sino procurando que los niños solamente interactúen con aquellos que tengan exactamente su misma edad. La exigencia se reduce en el nivel universitario, aunque aún allí son usuales las restricciones por edad para las becas y otras actividades del sistema académico.

Asimismo, el mercado laboral organiza buena parte de sus caminos posibles con delimitaciones por edad de sus participantes, suponiendo unas trayectorias ideales en las que las personas deben encajar, donde quedan pautadas las edades para realizar procesos de aprendizaje, edades para reafirmarlos y edades para cubrir puestos de responsabilidad (se asigna un significado particular a los puestos de jerarquía cubiertos por personas jóvenes, que no suelen ser una excepción de la selección por edad sino un caso de tratamiento desigual por edad, en el que la edad opera como factor para justificar altos niveles de exigencia proveyendo mínimos márgenes de

libertad y beneficios para quienes los ocupan). De igual modo, en lugares menos formalmente estructurados que los espacios profesionales y las instituciones educativas –como lo son clubes, gimnasios o asociaciones barriales– es también posible percibir orientaciones en sus convocatorias respecto a criterios de edad.

Asimismo, la selección por clase social se hace notar en estos ámbitos, siendo la regulación mercantil por precios el criterio generalizado para lograr este fin. Los precios de colegios, clubes, viviendas, restaurantes, lugares de veraneo, servicios bancarios y tiendas de ropa, por nombrar algunos, agrupan a quienes acceden a ellos según las capacidades de consumo con que llegan al mercado.

Por una parte, esto concentra a las personas según su capacidad de obtener bienes o servicios de calidades diferenciadas, lo cual retroalimenta y sostiene las diferencias en cuanto a ‘estilos de vida’. Sin embargo, este mecanismo no actúa solo, sino que suele verse extendido por una segunda función que el precio puede cumplir, que es la de identificar con un nivel de distinción a una mercancía solamente por su elevado precio. Este tiende a asegurar no solo una eventual diferencia en la calidad de los productos, sino también una semejanza en cuanto a la distinción de los consumidores afectados.

Sin embargo, no toda vinculación o círculo por homogeneidad de clase precisa del dinero para mantener su consistencia. Las asociaciones profesionales son un ejemplo, así como las variedades de lenguaje observables entre barrios y regiones, o el consumo diferenciado por gustos. El precio –por caso– de una entrada para asistir a una función de ópera puede no ser superior –e incluso caer por debajo– del precio fijado para eventos deportivos de interés masivo. La diferencia entre ambas actividades (ópera / deportes masivos) está garantizada por criterios simbólicos suficientemente asentados como para liberar el precio a los mecanismos de mercado, sin que esto ponga en riesgo el carácter exclusivista de uno o ni el carácter popular y masivo del otro.

Los espacios sociales –con los mecanismos y restricciones enunciados– constituyen para el estudio de las relaciones interpersonales el puente a través del cual las categorías más ‘estáticas’ del análisis (como edad, sexo o clase social) cobran sustancia fuera del mero catálogo estadístico. La edad, como número crudo, o como ‘correlación estadística’, no es relevante sino en sus implicancias en cuanto a los ámbitos que se puede saber o presumir por ella que han atravesado los sujetos. Lo mismo ocurre con el sexo, o la clase social.

El origen de los vínculos corresponde en su mayoría a espacios sociales. Mientras que 14,3 % de las relaciones comenzaron gracias a la mediación de una persona conocida, el 56,4 % de ellos fueron declarados como provenientes del barrio, el trabajo y los espacios educativos.

El aumento del capital educativo produjo un aumento en la cantidad de vínculos originados en espacios educativos (1,1 % a 35,2 %, $p < 0,001$). Si bien esto era esperable, también se observó una mayor participación de este tipo de origen al crecer el capital económico (10,3 % a 27 %, $p < 0,001$). En ambos casos, se observa una baja de los vínculos de origen barrial, el cual descendió a menos de la mitad al aumentar los vínculos de origen educativo (40,0 % a 18,1 %, $p < 0,001$).

Los vínculos logrados a través de amigos mostraron un comportamiento diferenciado según tipo de capital. Mientras que la cantidad de vínculos originados en amistades es casi el doble entre personas de capital económico alto (12 % en lugar de 6,9 % para el nivel bajo, $p < 0,010$), no se observaron diferencias significativas por nivel educativo.

Inversamente, los vínculos familiares no evidenciaron diferencias significativas por nivel económico, a la vez que al aumentar los ingresos económicos descende la cantidad de vínculos originados en lazos familiares (32 % a 20,7 %, $p < 0,001$).

La edad aparece como organizador significativo de los vínculos personales. Las relaciones provenientes de espacios educativos pierden importancia al avanzarse en el ciclo de vida, y pasan de representar el 28,9 % de los vínculos del grupo más joven y a 6,7 % en las personas mayores de 56 años. Los vínculos familiares compensan este decremento, y van 18,5 % a 31,4 %.

Las relaciones originadas en el barrio no varían significativamente en los grupos entre 18 y 55 años, para luego aumentar en la franja de 56 y más (de 26,3 % a 35,4 %, $p < 0,010$).

En las diferencias entre varones y mujeres, los primeros muestran un mayor número de los vínculos señalados como originados 'en el barrio' en comparación a las mujeres (32,8 % y 24,6 % respectivamente, $p < 0,005$). Respecto a los vínculos familiares la tendencia es opuesta: 28,9 % de los vínculos de las mujeres se anclan en dicho origen, mientras que sólo 18,4 % lo hacen entre los hombres ($p < 0,001$).

Así, el capital educativo da cuenta no solamente de potencialidades en términos de saberes aprendidos o credenciales habilitantes, sino también de vivencias e interacciones pasadas cuyos efectos en la sociabilidad persisten en el tiempo. Por consiguiente, si bien tanto el capital económico como el

capital educativo aportan un plus de poder para interactuar en una diversidad de ámbitos relevantes, no influyen en forma idéntica en la composición de las redes personales.

Figura 6.2. Distribución de la población adulta (18 años y más) por origen del vínculo según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

Origen del vínculo	Espacios sociales				A través de ...				Otros				Total
	Colegio, escuela o universidad	Trabajo	Barrio	Total	Un amigo	Una pareja	Un hijo	Otro familiar	Total	Es un familiar	Otro Nr/Ns	Total	
Capital educativo*													
Bajo	1,1	7,2	41,5	49,7	10,2	,6	0,7	2,3	13,8	32,0	4,5	36,5	100
Medio	13,9	11,7	33,8	59,4	8,6	2,0	1,0	2,3	13,9	21,2	5,6	26,7	100
Alto	35,2	9,2	13,7	58,2	10,3	1,6	0,7	2,6	15,2	20,7	5,9	26,6	100
Capital económico**													
Bajos	10,3	7,7	40,0	58,0	6,9	,8	0,8	2,5	10,9	26,3	4,8	31,1	100
Medios	14,3	9,0	31,5	54,8	8,9	2,4	0,8	3,2	15,3	23,8	6,1	29,8	100
Altos	27,0	11,5	18,1	56,6	12,0	1,2	0,8	1,7	15,8	22,3	5,3	27,6	100
Edad													
18 a 35 años	28,9	6,0	26,8	61,6	9,7	2,1	0,5	2,5	15,0	18,5	4,9	23,4	100
36 a 55 años	10,2	14,9	26,3	51,4	10,6	1,4	0,5	3,0	15,5	26,9	6,1	33,1	100
56 años y más	6,7	10,0	35,4	52,1	7,8	0,2	1,8	1,4	11,2	31,4	5,4	36,8	100
Sexo													
Varón	19,1	11,2	32,8	63,1	10,0	0,8	0,2	1,9	12,9	18,4	5,6	24,0	100
Mujer	17,5	8,2	24,6	50,3	9,3	2,2	1,3	2,9	15,6	28,9	5,2	34,1	100
Total	18,3	9,6	28,5	56,4	9,6	1,5	0,8	2,4	14,3	23,9	5,4	29,3	100

* Capital educativo considerado por nivel educativo del encuestado agrupado en: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

** Capital económico calculado como terciles de ingresos familiares por equivalente adulto en el hogar.

Nota: Para las personas con vínculos, el cuadro presenta los valores contabilizando a cada una de ellas tantas veces como vínculos declararan.

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

El proceso de adquisición del capital educativo formal supone involucrarse mental y corporalmente en instituciones específicas (colegios, universidades, profesorados, etc.) durante largos períodos de tiempo. La inmersión en la experiencia de formación educativa no es en nada comparable con los mecanismos de aseguramiento de capital económico, que pueden producirse por medios diversos, que van desde derechos adquiri-

dos directa o indirectamente por relaciones de parentesco (por herencias, uniones o invitaciones a participación en negocios familiares) a experiencias autónomas de especialización laboral, o emprendimientos comerciales o productivos.

Por estas razones, es importante poder explicitar los matices que se derivan de estas dos dimensiones de la diferenciación social. Resulta significativo que el peso relativo de los vínculos familiares caiga marcadamente frente al aumento del capital educativo y no lo haga de igual modo frente al del capital económico (incluso si ambos se encuentran parcialmente correlacionados), así como la función diferencial de los amigos en el establecimiento de nuevos vínculos al existir mayores niveles de capital económico.

Si bien el origen o los modos de gestación de los vínculos constituyen un marco para el universo posible de relaciones (y su funcionamiento), las atribuciones de roles operan también sobre este, como un segundo nivel de organización. Por ello, las categorías correspondientes a los roles imputan diferentes sentidos y expectativas a los vínculos intersubjetivos, así como también diferentes condiciones de estatus para cada uno (un amigo por sobre un compañero, un compañero por sobre un conocido, etc.), preconfigurando y ordenando los intercambios esperables dentro de ellos.

Este ordenamiento pone en juego las convenciones y representaciones incorporadas sobre el funcionamiento general de las cosas: qué se espera de una madre, de un hijo o de un vecino. Sobre la relación históricamente situada de acciones recíprocas, charlas, paseos, favores, etc., se incorporan las expectativas y reglamentaciones particulares del rol atribuido. La invitación a cenar por parte de un jefe se procesa por un protocolo diferente al de la invitación a cenar de un familiar cercano. Esto se apoya no solamente en razones meramente convencionales, sino también en que el tipo de relación conecta las acciones con los intereses y condiciones de poder que la relación lleva implícitos; hay estrategias y maniobras en situación que pueden resultar pertinentes según el contexto del rol (jefe / familiar / etc.).

Bajo la figura de 'amigo', se ubican entre 54 % y 63,8 % ($p < 0,005$) de los vínculos según capital educativo, y entre 56,3 % y 62,5 % ($p < 0,050$) según capital económico (Figura 6.3). Es notable la alta participación de la amistad independientemente del estrato, incluso cuando existen diferencias entre ellos.

Las mayores variaciones por posición de clase se observan en el

componente 'vecinal', que aumenta fuertemente al acercarse a los estratos más bajos, y en la caída de la participación familiar al aumentar el nivel educativo. Esta baja de 30,7 % a 21,2 % ($p<0,005$) marca una diferencia importante entre estratos, si bien da en todos los casos una presencia familiar moderada; en la mirada por ingresos del hogar, la variación de la presencia de familiares no es significativa por estrato.

La evolución por edad muestra variaciones complejas, con un aumento del componente familiar y vecinal con el avance en el ciclo de vida: de 19,3 % a 32 % ($p<0,001$) y de 2,1 % a 10,1 % ($p<0,001$); una caída en la franja de jóvenes a adultos de la proporción de amigos de 70,2 % a 51,7 % ($p<0,001$) y un pico en la etapa adulta (36 a 55 años) de mención a compañeros de trabajo (categoría compañero de trabajo/estudios), con 9 % de los vínculos.

Al igual que en la caracterización por origen del vínculo, la separación sexual de espacios se hace notar nuevamente. Las relaciones de las mujeres están más atadas a lo familiar (como campo de lo interior, de los hogares), por oposición a los hombres, que muestran más conexión con el exterior, en este caso, en la forma de vínculos de amistad (65,7 % de amigos entre los hombres y 56,2 % entre las mujeres, $p<0,001$). Mientras que un 18,7 % de los vínculos masculinos son con familiares, las mujeres presentan un 29,6 % de sus vínculos reservados a las interacciones familiares ($p<0,001$).

En la caracterización de vínculos por clase social, puede apreciarse que los influjos diferenciados que provocaban el barrio y los espacios educativos en los orígenes de los vínculos tienen su correlato en la formación de las relaciones de amistad. Es decir, que producto la interacción ocurrida en el barrio (en los estratos bajos) y en los espacios educativos (en los sectores de mayores niveles de capital) resulta, en ambos grupos, la formación de relaciones amistosas.

Cabe señalar también que la edad resalta como un organizador de peso de los tipos de interacción más presentes a lo largo del ciclo de vida, efecto que se visualizó tanto en el origen del vínculo como en las distribuciones por tipo (incluso si no lo era de igual forma en la definición de la cantidad de vínculos).

Figura 6.3. Distribución de la población adulta (18 años y más) por tipo de vínculo según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

Tipo de vínculo	Familiar	Novio/a	Amigo	Compañero de trabajo/ estudios	Vecino	Profesional	Otro	Ns/ Nr	Total
Capital educativo*									
Bajo	30,7	1,2	54,0	1,9	11,1	0,0	0,4	0,7	100,0
Medio	23,1	2,5	62,4	6,7	4,2	0,3	0,4	0,5	100,0
Alto	21,2	3,6	63,8	5,6	2,1	2,0	0,7	1,0	100,0
Capital económico**									
Bajos	25,1	2,1	56,3	4,6	9,0	0,9	0,4	1,6	100,0
Medios	25,9	1,6	62,2	4,7	3,7	0,4	0,9	0,5	100,0
Altos	22,7	3,6	62,5	5,6	3,9	1,1	0,2	0,3	100,0
Edad									
18 a 35	19,3	3,3	70,2	3,7	2,1	0,7	0,6	0,0	100,0
36 a 55	26,9	2,0	51,7	9,0	6,7	1,6	0,5	1,6	100,0
56 y más	32,0	1,7	52,8	2,0	10,1	0,2	0,3	0,9	100,0
Sexo									
Varón	18,7	3,2	65,7	5,6	5,2	0,6	0,8	0,4	100,0
Mujer	29,6	2,0	56,2	4,5	5,4	1,1	0,3	1,0	100,0
Total	24,4	2,6	60,7	5,0	5,3	0,9	0,5	0,7	100,0

* Capital educativo considerado por nivel educativo del encuestado agrupado en: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

** Capital económico calculado como terciles de ingresos familiares por equivalente adulto en el hogar.

Nota: Para las personas con vínculos, el cuadro presenta los valores contabilizando a cada una de ellas tantas veces como vínculos declararan.

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

La familia

Los niveles diferenciados por tipo de vínculo remiten a una institución particular para la sociabilidad y la socialización que será tratada ahora en mayor detalle: la familia. En este nivel, el estudio de las redes personales ilumina un campo poco accesible en los trabajos por encuestas de hogares, a saber, la posibilidad de considerar las familias desde un abordaje que trascienda la asimilación de lo familiar por lo doméstico.

Las relaciones familiares en sentido extenso (la 'parentela' consanguínea y no consanguínea, que puede habitar o no el mismo hogar) reconocen una cantidad de relaciones vinculares intensas que unen los hogares entre sí. Ellas encausan transferencias de recursos, servicios e

información y producen –o dejan de producir– lazos afectivos, valorativos y morales entre generaciones, y horizontalmente entre miembros emparentados por sangre o por un sentimiento de familiaridad.

Los almuerzos del domingo, el cuidado de los niños en la semana, la elaboración de comidas ‘tradicionales’, tiempo compartido fuera del hogar en deportes recreativos, actividades laborales emprendidas en común o compartidas solidariamente, oportunidades de inversión, o la circulación de objetos muebles e inmuebles son algunas de las instancias que cotidianamente vinculan a las familias ampliadas fuera de los hogares. Asimismo, los hogares donde los padres no comparten la vivienda implican, en la distribución de un solo núcleo familiar, la complejidad de un espacio distribuido en más de un domicilio.

Todas estas circunstancias hacen que resulte interesante la ampliación del análisis de las realidades familiares (y del peso de lo familiar en la población y en sus grupos sociales), más allá del alcance del relevamiento intrahogar. En su forma canónica, el relevamiento usual de relaciones donde se sitúa un ‘jefe de hogar’, en relación al cual se caracteriza al resto de los miembros, capta solo parcialmente el mapa de relaciones dentro de cada vivienda y excluye, a la vez, sus lazos con otras⁴.

En primer lugar, cabe destacar que la mayor parte de los vínculos mencionados está constituida por hermanos y hermanas de los encuestados (40,4 %), seguidos por la categoría ‘otros’ que reúne a tíos, cuñados, primos, y demás familiares (25,8 % de los vínculos, Figura 6.4). Tanto la relación con los padres como con los hijos muestran niveles cercanos e inferiores al 20 %, y aumenta la participación de los hijos en los estratos mejor posicionados en términos de capital económico.

En la relación con los padres se observa una marcada división del trabajo relacional por sexo (no así en hermanos o hijos), donde las madres duplican la participación en los vínculos con respecto a los padres, siendo la proporción general de ambos es de 11,0 % y 5,0 % respectivamente. Esta situación de las madres, asimismo,

4. Como consecuencia de la medición por el jefe de hogar, las relaciones entre los miembros quedan solo parcialmente descriptas. Si se releva, por ejemplo, a cuatro personas como ‘hijo’, ‘hija’, ‘no familiar’ y ‘nieto’, no es posible establecerse de quién es hijo el individuo identificado como ‘nieto’, o si el ‘no familiar’ es pareja conviviente de algunos de los familiares registrados. Este es el caso en la Argentina tanto del Censo Nacional de Población Hogares y Viviendas como de la Encuesta Permanente de Hogares.

evidencia matices según posición de clase.

Mientras que en los padres se observa un leve aumento (no estadísticamente significativo) de su participación hacia los estratos más altos, las madres, con respecto a la clase social, amplían su participación según estratificación educativa –del 6,5 % al 15 % ($p<0,050$)–. Al mismo tiempo, la reducen por capital económico: de 13,4 % en los estratos bajos a 6,6 % en los estratos altos.

En el otro extremo de las relaciones padres-hijos, aquellas con los hijos de ambos sexos también se comportan en forma diferenciada por tipo de estratificación, pues decrecen a medida que aumenta el capital educativo (de 20,8 % a 10,7 %, $p<0,050$) y aumentan mientras crece el nivel económico (de 9,8 % a 28,5 %, $p<0,005$).

Estos dos fenómenos podrían sintetizarse en una afirmación: mientras en espacios con mayor nivel de ingresos se refuerza la relación con los hijos, en aquellos con mayor nivel educativo es más estrecha la relación con los padres (particularmente con las madres).

En la relación por edad, como es esperable, los lazos acompañan la generación de nuevos núcleos familiares. En la franja de 18 a 35 son más frecuentes los contactos con los padres que con hijos, quienes son la principal fuente de las mencionadas relaciones en la franja de mayores de 56 años.

En la distribución por sexo, se advierte una selectividad favorable hacia familiares de igual sexo. Constituye un caso representativo de ello la relación de las mujeres con sus hermanos: la cantidad de mujeres que mencionaron a una hermana entre sus vínculos fue más del doble que aquellas que mencionaron a un hermano, proporciones que varían de 28,9 % a 11,8 %. Esta preferencia también se da en los padres (tanto varones como mujeres), que mencionan más frecuentemente hijos de su mismo sexo.

Que la familia esté presente en todos los niveles de la escala social (incluso si su relevancia decrece con el aumento del capital educativo y en la juventud) no significa, por supuesto, que dichas relaciones tengan el mismo contenido en todas ellas. Las necesidades y las costumbres que se producen y reproducen en cada condición social introducen diferencias en el contenido de la relacionalidad familiar.

Sin embargo, no podemos establecer que la ausencia de vínculos fiables de origen familiar suponga un rasgo significativo tanto en clases bajas como en clases medias o medias altas. Tampoco se podría imputar la carencia de lazos familiares, en sentido general, como rasgos de clase, aunque sí se observan diferencias entre ellas.

Figura 6.4. Distribución de la población adulta (18 años y más) por tipo de vínculo familiar según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

Tipo de vínculo familiar	Padre	Madre	Hermano	Hermana	Hijo	Hija	Otros familiares	Total
Capital educativo*								
Bajo	2,7	6,5	21,2	26,5	10,0	10,8	22,3	100,0
Medio	6,1	11,8	10,8	15,6	11,0	10,2	34,6	100,0
Alto	6,3	15,0	15,5	32,9	3,0	7,7	19,7	100,0
Capital económico**								
Bajo	3,0	13,4	17,5	30,8	6,7	3,1	25,4	100,0
Medio	5,4	13,9	14,9	20,9	3,1	9,5	32,2	100,0
Alto	6,2	6,6	15,1	23,5	13,9	14,6	20,1	100,0
Edad								
18 a 35	9,4	18,4	19,9	18,1	0,0	0,0	34,2	100,0
36 a 55	4,4	11,2	18,9	34,6	2,9	4,5	23,5	100,0
56 y más	0,0	0,9	6,1	21,4	25,6	28,9	17,3	100,0
Sexo								
Varón	7,0	8,3	22,6	17,4	8,8	4,1	31,8	100,0
Mujer	3,9	12,6	11,8	28,9	7,7	12,8	22,3	100,0
Total	5,0	11,0	15,7	24,7	8,1	9,6	25,8	100,0

* Capital educativo considerado por nivel educativo del encuestado agrupado en: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

** Capital económico calculado como terciles de ingresos familiares por equivalente adulto en el hogar.

Nota: Para las personas con vínculos, el cuadro presenta los valores contabilizando a cada una de ellas tantas veces como vínculos declararan.

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

En este aspecto, se destaca un rasgo singular, que es la conexión intergeneracional por medio de la familia como un mecanismo social que solo ocurre minoritariamente por otros medios.

En la bibliografía sobre socialización, se pone especial énfasis en la familia como espacio de socialización primaria, por el cual los sujetos que forman parte de ella incorporan pautas culturales (en primer lugar el lenguaje, pero también los criterios sobre formas de actuar, de vestirse, etc.). Esta socialización es trasladada, progresivamente, del ámbito doméstico a ámbitos institucionales externos al hogar (escuela, colegio, mercado laboral). De esta forma, operaría sobre los sujetos una suerte de proceso por el cual asimilarían un conjunto de reglas y elementos en su formación temprana, en el plan de volverse personas adultas y recomenzar desde allí el ciclo de producción de nuevos indi-

viduos al formar nuevos hogares. Incluso versiones más contemporáneas, en las que los sujetos tienen un rol más ‘activo’, más ‘estratégico’ sobre su proceso de socialización, no llevan el problema de la relación intergeneracional más allá de la infancia y adolescencia, y no problematizan el modo en que los nuevos sujetos, las nuevas generaciones, aportan, inventan, traducen y generalizan a partir de sus condiciones materiales y sociales nuevas formas sociales de interacción y comprensión del mundo.

Mediante la estrategia del análisis de redes, es posible cuantificar estas relaciones entre los vínculos sin ignorar o –en el otro extremo– sobre-dimensionar esta función de los lazos familiares. En este sentido, cabe señalar que más de la mitad de los vínculos familiares corresponden a personas de diferentes rangos etarios, al tiempo que los demás tipos de vínculo (no familiares) reservan menos de una cuarta parte a personas de diferente rango etario⁵.

De este modo, los vínculos familiares aparecen como la forma principal por la cual se mantienen dependencias intergeneracionales entre adultos (aunque esto es usualmente así también entre adultos y niños), que hacen operativa buena parte de la transferencia intergeneracional de capital, tanto educativo como económico. De igual modo, permiten la ‘resocialización hacia arriba’ de las generaciones mayores por parte de la incorporación de valores y prácticas que se vuelven corrientes en las más jóvenes.

Así, estas vías de comunicación intergeneracionales son una precondition para que personas en diferentes procesos vitales usualmente relacionados a la edad puedan complementar la producción de recursos diferenciados, así como sus necesidades eventualmente asimétricas de integración emocional y funcional. Si bien estas necesidades intentan también ser atendidas por el sistema formal, a través de mecanismos tales como la herencia, la selección por edad para los mecanismos de crédito de vivienda y el sistema jubilatorio (mecanismos complejos por los cuales de un lado se le destina recursos a los más jóvenes para que puedan establecerse, y por otro se les extrae parte de su renta para poder financiar la existencia de los adultos que ya no trabajan), la circulación de recursos entre familiares (que ayuda a los mayores a completar sus ingresos, y a los más jóvenes a cubrir sus necesidades habitacionales o asistir en el cuidado de los niños) es sin duda algo muy extendido, y

muestra su vigencia en la importante presencia de lazos entre padres e hijos, pero también, entre hermanos y primos.

Los vínculos personales no familiares

Siguiendo el proceso de socialización familiar, los sujetos tienen en su infancia las primeras interacciones y realizan una asimilación general de pautas culturales y del mundo práctico. Esta fase puede estar mediada por inserciones institucionales, en jardines de infantes, jardines maternos, escuelas, talleres de actividades, clubes, etc. Sin embargo, es también un proceso en el cual el sujeto comienza a ampliar su campo de interacción por fuera de la familia de origen. El espacio inicial de padres, hermanos y tíos y otros familiares, se abre a relaciones que en el tiempo cobran relevancia creciente para el desarrollo de la vida cotidiana. Compañeros de escuela, amigos, novios, vecinos, permiten establecer nexos fuera del círculo familiar, y al mismo tiempo conectar a las familias en tanto grupos, pero también en tanto contextos ideológicos, históricos y materiales que condicionan y habilitan las capacidades de los individuos.

Bajo esta perspectiva, las redes personales alternan su contenido de lazos personales entre vínculos ligados al origen familiar y otros producto de la sociabilidad fuera de él. De esta forma, las disposiciones del núcleo más cercano al niño condicionan su socialización y, al mismo tiempo, inciden indirectamente sus estados futuros. Es decir, las familias ponen en juego su propio porvenir al decidir sobre las ‘nuevas generaciones’, y hacen más probables unas trayectorias laborales por sobre otras, unos *hobbies* por sobre otros, unos barrios por sobre otros.

De esta forma, cada miembro de la familia es también un canal por el cual acceder a espacios de la vida del barrio, del mercado de trabajo y de la inserción social en general. Con mayor o menor grado de conciencia sobre ello, las disposiciones y elecciones familiares –mediadas por condiciones de su localización de clase– inciden sobre las condiciones de creación de vínculos no familiares, que hasta la adultez y progresivamente crecen en volumen e importancia y producen a su vez efectos sobre las familias.

Como se vio anteriormente, los vínculos personales no familiares abarcan una importante proporción del total de vínculos declarados: el 60,7 % del total se atribuye a la categoría ‘amigos’, el 5 % a ‘compañeros de trabajo y estudios’, el 5,3 % a ‘vecinos’ y el 2,6 % a ‘novios’ (Figura 6.3).

Asimismo, la distribución de vínculos según posición social indica una creciente importancia de las instancias de formación para

la conformación de lazos de amistad, tanto por capital educativo como económico. Su participación varía, según el primero, de 2,1 % a 51,3 % ($p < 0,001$) y de acuerdo al segundo de 16,6 % a 41,9 % ($p < 0,001$, Figura 6.5, amigos que se conocieron en el colegio, escuela o universidad).

Figura 6.5. Distribución de la población adulta (18 años y más) por origen del vínculo por tipo de amistad según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

Tipo de amistad y origen del vínculo*** (% de fila)	Compañero de trabajo / estudios				Amigo					
	Colegio, escuela o universidad	Trabajo	Barrio	Total	Colegio, escuela o universidad	Trabajo	Barrio	A través de un amigo / pareja	A través de un familiar	Total
Capital educativo*										
Bajo	0,0	83,6	16,4	100,0	2,1	11,1	65,1	17,0	4,7	100,0
Medio	20,7	78,7	0,6	100,0	21,6	11,3	51,2	12,6	3,2	100,0
Alto	55,7	40,4	3,9	100,0	51,3	11,0	18,6	16,1	2,9	100,0
Capital económico**										
Bajos	30,2	62,4	7,4	100,0	16,6	7,9	59,2	11,9	4,4	100,0
Medios	42,4	51,9	5,7	100,0	20,4	11,6	50,0	14,0	4,0	100,0
Altos	30,5	69,5	,0	100,0	41,9	12,9	25,1	17,7	2,4	100,0
Edad										
18 a 35	68,0	31,2	0,8	100,0	38,6	7,3	37,6	13,3	3,3	100,0
36 a 55	16,0	78,1	5,9	100,0	17,9	15,1	43,7	19,7	3,6	100,0
56 y más	33,3	66,7	0,0	100,0	12,5	17,2	53,2	13,4	3,7	100,0
Sexo										100,0
Varón	25,6	71,5	3,0	100,0	29,1	10,9	45,6	12,6	1,7	100,0
Mujer	45,9	49,3	4,8	100,0	27,6	11,4	38,3	17,4	5,2	100,0
Total	34,1	62,2	3,7	100,0	28,4	11,2	42,0	15,0	3,5	100,0

* Capital educativo considerado por nivel educativo del encuestado agrupado en: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

** Capital económico calculado como terciles de ingresos familiares por equivalente adulto en el hogar.

*** Porcentajes sobre categorías seleccionadas. Las demás categorías de 'origen del vínculo' fueron excluidas del cuadro.

Nota: Para las personas con vínculos, el cuadro presenta los valores contabilizando a cada una de ellas tantas veces como vínculos declararan.

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

Como contraparte, en los estratos más bajos el 'barrio' tiene un rol preponderante en la búsqueda de amigos: de 59,2 % para el capital económico y 65,1 % para el capital educativo.

La situación de los 'compañeros' de trabajo y de estudio se dife-

rencia según el tipo de capital que se considere. Quienes tienen mayor capital educativo, aumentan también su proporción de vínculos originados en 'colegio, escuela o universidad', a quienes continúan clasificando como compañeros. Dicha proporción va de 0 % a 55,7 % según aumenta el nivel de capital educativo ($p < 0,001$). Por estratificación de ingresos, en cambio, la participación de vínculos caracterizados como compañeros de trabajo y de ámbitos educativos coincide en los extremos de la estratificación: la participación educativa es de 30,2 % en los estratos bajos y de 30,5 % en los altos, y los compañeros de trabajo 62,4 % y 69,5 %⁶. En la relación por edad, se observa la mayor exposición de los jóvenes a los espacios educativos (o los efectos de recientes estadías en ellos): un 68 % de los 'compañeros' pertenecen a ámbitos educativos (escuela/universidad) para la franja de 18 a 35 años. En la distribución por sexo, se advierte una presencia algo mayor del barrio en la adquisición de amigos por parte de los varones –45,6 % en comparación al 38,3 % de las mujeres ($p < 0,005$)–, junto a una diferencia más marcada a favor de los espacios laborales para los hombres en la asimilación de 'compañeros' a sus redes de vínculos, de 71,5 %, en comparación al 49,3 % de las mujeres ($p < 0,005$).

Es de interés remarcar en este sentido, y el caso de los lazos de amistad sirven de ejemplo, las dificultades que existen para poder afirmar que un tipo de vínculo –y en general, que la relación de todo término con su significación social– puede ser definido para una sociedad, o para un idioma, sin reparar en matices que den cuenta de criterios de estratificación y enclasmiento.

La distribución desigual del poder, como raíz de la distribución desigual de bienes y saberes, organiza esferas diversas, que a la vez conecta y torna dependientes. Varios son los factores que traducen las distancias de localización de clase en distancias empíricas a lo largo de la vida de los sujetos: chances desiguales de acceder a niveles de formación superior (o de completar los niveles iniciales y medios); mayor presión por ingresar más tempranamente al mercado de trabajo; peores condiciones residenciales de sanidad y salud; peor transporte y seguridad en los barrios de menor 'categoría', son algunos de los factores que estratifican no solo el poder y la riqueza sino también las experiencias de vida típicas de cada grupo o sector según sus recursos económicos, culturales y su

6. La situación de las parejas (categoría 'novios/as') no admite ser analizada por clase debido a que reúne un número demasiado bajo de casos.

capacidad de influir formal e informalmente en el funcionamiento del Estado.

Por todo esto, no debe escapar a la observación que bajo el ropaje de categorías comunes (en el sentido de universales) tales como ‘amigo’, ‘novio’ o ‘primo’ no se alude siempre a elementos unívocos. Más específicamente, que es posible aproximar los matices diferenciales (y diferenciadores) que tales categorías tienen según factores de posicionamiento social.

Mientras que, para los mejor posicionados en términos de capitales económicos y culturales, la amistad remite, mayormente, a vivencias compartidas en ámbitos institucionales, en el imaginario de aquellos con menos capital remite a personas que compartieron la vivencia del barrio.

Este matiz introduce registros y prevalencias diferentes, entre otros, para la formalidad y sistemicidad de lo relacional. En las escuelas y en los colegios, pero también en las universidades y usualmente en los trabajos, rigen estilos de comportamiento bastante definidos, que van desde formas de vestirse y hablar a los modos en que se debe estar sentado, gesticular. De la misma manera, los espacios se asocian a temas de los que está permitido hablar, de horarios en los que hacerlo, etc. Así también los espacios institucionales dan lugar a interacciones donde lo social es un elemento que se intercala con actividades instrumentales, que estén orientadas a la fabricación, el aprendizaje, la ejecución de servicios u otras. El barrio, por el contrario, aparece usualmente como un lugar donde la sociabilidad es un fin en sí mismo, y la regulación de las interacciones se produce de una forma más dinámica e informal que en los ámbitos institucionales antes mencionados (si bien, claro está, existen también pautas sobre los modos de hablar y de vestirse, en todos los barrios y espacios sociales en general).

En consecuencia, es conveniente considerar la amistad como una categoría dispuesta a mutar en diferentes espacios, al igual que el resto de las categorías de análisis. Su base común, de sentido, es en efecto compartida como código conocido en todos ellos, pero también como una construcción que en cada espacio tiene adheridos sentidos particulares que la hacen operar de manera diversa, a pesar de su homogeneidad formal como categoría. De esta forma, se reconoce en la amistad un elemento a la vez común y diferenciado de los espacios sociales estudiados.

El barrio

El barrio como espacio de socialización y residencia supone una matriz compleja de interacciones. Por una parte, es una fuente de vínculos, recursos e influencias en sí mismo; por otra, es el sostén de actividades que tienen una autonomía relativa, como las reuniones entre miembros de la familia, el funcionamiento de escuelas, clubes o iglesias.

En el primer sentido, el barrio excede la mera cercanía geográfica, y reúne una cantidad de historias de vida y de formas de actuar que conforma en los espacios urbanos una identidad de lo local por oposición a la sociedad en general y a otros barrios. Los vínculos y las representaciones del barrio como particularidad simbólica son parcialmente autónomos de su anclaje de origen y construyen en los sujetos –junto con las prácticas incorporadas en la familia– un ‘habitus’ de larga duración.

En su segundo sentido, opera como un área material de residencia, pasible de ser descripta por sus recursos arquitectónicos y edilicios, por sus redes de comunicación y de servicios, por sus asentamientos humanos, comerciales e industriales, es decir, por la conformación de elementos emplazados en una circunscripción relativamente definida por las fronteras geográficas del barrio.

Al postular lo barrial como fenómeno de interés, un problema a analizar es la relación con lo vecinal. Al respecto, debemos poner en tensión la pertinencia del concepto ‘vecino’ para captar los efectos de lo local, del barrio. Con frecuencia los estudios de redes personales anteponen el rol a toda otra consideración para identificar la interacción con el barrio, y se dedican a investigar las redes de vecinos según las condiciones del área de residencia, así como la presencia de vecinos en las redes o los intercambios entre los vecinos. Los diagnósticos producidos se hacen extensivos al estatus del barrio como instancia de socialización a partir de estas observaciones.

Si bien el término ‘vecino’, en una primera aproximación, puede ser entendido como persona del barrio, esto puede llevar a una confusión. Los vecinos no son las únicas personas que viven en el barrio, en tanto solo una parte de aquellas personas que viven en proximidad se consideran entre sí ‘vecinos’. La dimensión del barrio como fenómeno se extiende más allá de lo vecinal.

En el proceso de habitar el barrio, se producen dos fenómenos con frecuencia simultáneos: la ‘conversión’ de la categoría ‘vecino’ a otras categorías en el desarrollo de las relaciones en el barrio (a ‘amigo’, a ‘pareja’, etc.), y la relocalización de comunidades previamente desancladas en lo espacial hacia zonas residenciales próximas. Esta relo-

calización opera en varios niveles, ya que a la elección voluntaria de escoger un barrio cercano a parientes, amigos, colegas, se agrega que parte de la información que interviene en la selección puede ser proporcionada por dichas personas. Son ellas quienes cargan –desinteresadamente o no– su perspectiva y su acceso diferenciado sobre ciertos barrios. Asimismo, la localización selectiva se confunde también con el hecho de que los integrantes de la red personal pueden haber sido conocidos por acción de algún principio directo o indirecto de cercanía, como ir a la misma la escuela, jugar en la calle, compartir un trabajo en un comercio del barrio, etc.

Por lo tanto, si se considera que la mayoría de los vínculos se sitúan en las inmediaciones de la vivienda⁷, es posible establecer que el barrio actúa no solo como el ámbito de la ‘socialización en la cuadra’, sino también como el campo pertinente de encuentros en sus plazas, bares y viviendas con familiares, amigos, vecinos y conocidos.

Asimismo, el espacio institucional del barrio opera como el productor de aquellos sujetos con los que es posible socializar en la escuela del barrio, en el club del barrio, en los problemas del barrio.

A pesar de esto, conviene examinar la conceptualización del barrio como un contexto de afiliación por intereses comunes exclusivamente. De acuerdo con ella, los contactos en el barrio se producirían por la existencia de necesidades compartidas, que pueden dar pie a grados diversos de acción colectiva y asociación, para lograr mejoras en la cobertura de ciertos servicios u otros problemas particulares. A diferencia del lugar asignado al barrio en dicho modelo, la interacción barrial no parece reducirse al aglutinamiento de vecinos detrás de causas específicas. Por el contrario, se trataría de un espacio de intercambios emotivos e identitarios que dan lugar a relaciones de larga duración y elevada intensidad.

Por otra parte, dada su fuerte impronta en la construcción de vínculos, nos preguntamos: ¿quiénes construyen sus vínculos en el barrio? Hemos visto que se trata de una situación suficientemente extendida, que no puede adscribirse a un grupo social particular (los pobres, los inmigrantes, los habitantes de barrios cerrados, los sectores indigentes, etc.). La contracara de este interrogante remite al afuera del barrio, a quiénes pueden ‘salir’ del barrio, como forma de ampliar sus fronteras relacionales, culturales, normativas, laborales, habitacionales, sin, necesariamente, anular o negativizar la socialización vivida en él.

Respecto al área de residencia, existe una asociación entre un mayor nivel de capital y la lejanía de los vínculos. Resulta más probable construir vínculos durables 'a distancia' cuando se posee un mayor volumen de capital educativo o económico. En el caso del capital económico, los vínculos que se ubican dentro de la misma ciudad pero a más de veinte cuadras (2km) pasan de 25,4 % a 43,4 % ($p < 0,001$) al aumentar el capital (Figura 6.6). Para el capital educativo, la variación es más amplia, y va de 19,4 % a 45 % ($p < 0,001$).

Sin embargo, incluso en los estratos bajos, el nivel de personas fuera del barrio y en la misma ciudad nunca cae por debajo de casi una quinta parte del total de vínculos (19,4 %). Ello se opone a la tesis de un aislamiento de los sectores de menos recursos por efecto del barrio.

Las variables de control muestran variaciones menores en los patrones de localización geográfica en comparación a las diferencias por clase social. En términos de ciclo de vida, en la población de entre 36 y 55 años un 38 % de los vínculos están fuera del barrio (a menos de 50km), mientras que en la franja de 56 años y más lo hace un 24,5 % ($p < 0,001$). Según sexo las diferencias son menores a estas últimas, y llegan a 35,6 % en los varones y a 29,3 % en las mujeres ($p < 0,010$).

Los condicionantes del contacto con personas lejanas al área de residencia (costos de transporte, inserción en espacios educativos y de formación más diversos, carreras profesionales, entre otros) se asocian con la posición de clase (mayor disponibilidad de capital). Es decir, a mayor desarrollo educativo o económico, se dispone de mayores chances de insertarse en círculos exteriores al barrio, lo que implica una menor dependencia respecto a él.

Por esta razón, el nivel de interacción de los habitantes de los barrios con personas ajenas a ellos constituye a la vez un indicador de niveles de segregación entre los barrios (por distancias que pueden o no formularse en términos de clase), así como de las desigualdades manifiestas para acceder a los recursos del aglomerado urbano en su conjunto.

Estos resultados apoyan la crítica, señalada en los antecedentes, relativa al trazado de analogías entre las medidas de segregación residencial socioeconómica latinoamericana y las experiencias estadounidenses de exclusión racial. Si bien los estudios de segregación residencial parten usualmente del supuesto por el cual los barrios ricos socializarían a su interior, y los pobres a su interior, los datos presentados señalan tendencias diferentes. Antes que una clausura entre los barrios, han encontrado una conexión entre ellos y

solo podría afirmarse que las personas con menor capital educativo o económico encuentran dificultades –en términos parciales– para acceder a so-
ciabilizar en otras zonas de la ciudad.

Figura 6.6. Distribución de la población adulta (18 años y más) por distancia a la vivienda de los *alters* según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

Distancia a la vivienda (% por fila)	Hasta 20 cuadras (2km)				De 20 cuadras a 50 km	Más de 50 km	Total
	Menos de 5 cuadras	De 5 a 10 cuadras	De 11 a 20 cuadras	Total			
Capital educativo*							
Bajo	48,8	17,7	7,4	74,0	19,4	6,6	100,0
Medio	35,3	18,4	12,4	66,1	29,1	4,8	100,0
Alto	22,0	12,5	14,7	49,2	45,0	5,8	100,0
Capital económico**							
Bajo	48,6	13,0	9,1	70,7	25,4	3,9	100,0
Medio	38,0	17,5	12,3	67,8	24,4	7,8	100,0
Alto	21,2	17,0	13,5	51,6	43,4	5,0	100,0
Edad							
18 a 35	35,2	14,9	12,0	62,2	32,1	5,7	100,0
36 a 55	28,3	15,0	12,4	55,6	38,0	6,3	100,0
56 y más	39,9	20,2	11,1	71,1	24,5	4,4	100,0
Sexo							
Varón	31,1	17,1	11,1	59,2	35,6	5,2	100,0
Mujer	36,8	15,2	12,7	64,7	29,3	6,1	100,0
Total	34,1	16,1	11,9	62,1	32,3	5,6	100,0

* Capital educativo considerado por nivel educativo del encuestado agrupado en: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

** Capital económico calculado como terciles de ingresos familiares por equivalente adulto en el hogar.

Nota: Para las personas con vínculos, el cuadro presenta los valores contabilizando a cada una de ellas tantas veces como vínculos declararan.

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

Este mayor nivel de vínculos externos al barrio a medida que aumenta el *stock* de capital puede relacionarse con varios factores:

Por un parte, se encuentran los ya mencionados costos de transporte y tiempo que hacen que el mantenimiento de vínculos distantes requiera de capital en forma directa. Esto se potencia si se considera que las formas más costosas de transporte (como el uso de automóvil, o servicios individuales como el transporte en taxis o remises) son de común más necesarios para acceder y salir de los barrios en los que las personas tienen menos recursos, debido a la menor cantidad de servicios de transporte público y su peor calidad.

A la vez, el pasaje por un mayor número de instancias institucionales aumenta las chances de haber conocido en ellas a personas ajenas al barrio (por ejemplo, compañeros de trabajo y estudio), así como de desarrollar intereses específicos que requieran desplazarse fuera del barrio para satisfacerlos (como lo son entre otros las actividades por intereses o las asociaciones de índole profesional, los cursos de especialización, la presencia en eventos artísticos y culturales).

Por último, es posible también que la participación en estas instituciones y la disponibilidad de un capital cultural de corte más cosmopolita (matiz usualmente compartido por las élites) aliente estilos de vida menos anclados en los vínculos barriales y comunitarios, promoviendo la búsqueda de círculos y contextos de socialización distribuidos espacialmente de forma más dispersa.

Estos lazos fuera del barrio, presentes en todos los sectores analizados, plantean una mezcla, una combinación de valores, costumbres y recursos no siempre observables al mirar al barrio como un espacio total, como un mundo 'cerrado, compacto y homogéneo'. Estas tres características, con frecuencia atribuidas a los conglomerados barriales, merecen ser revisadas a la luz de las evidencias.

Los barrios, en lo que respecta a los vínculos personales durables, no resultaron ser espacios cerrados, dando cuenta de variaciones según criterios de estratificación por localización de clase social.

Los otros

La presencia de ciertos criterios por los que las personas seleccionan (voluntariamente o no) sus vínculos ha sido materia de debate en los estudios sobre redes y sobre relaciones personales. Uno de los aspectos que se ha intentado establecer, es la validez de la hipótesis por la cual la similitud en los vectores de atributos sociales es determinante en la predilección de unas personas por otras.

Los atributos pueden ir desde dimensiones demográficas relativamente estáticas, como el sexo y la edad, a variables más dinámicas como los gustos, *hobbies* u orientaciones profesionales. Asimismo, presentan casos típicos en los cuales la similitud o la disimilitud son la pauta de selección. En la formación de parejas, por ejemplo, la orientación sexual es una variable que opera en una mayoría de casos, relacionando a personas con valores diferentes en dicho atributo (afinidad por complementariedad). Las opiniones políticas, usualmente, agrupan a los sujetos a partir de su similitud, siendo la excepción quienes encuentran atractivo conversar con

individuos de concepciones políticas opuestas a las suyas.

En términos más generales, nos preguntamos en qué medida son equivalentes las distancias atributivas y las relacionales. Vale decir, cuál es la relación entre los espacios sociales entendidos como espacios de posiciones definidas, como vectores de atributos en dimensiones (a cada nodo se corresponde una lista de valores, por ejemplo: varón, 31 años, plomero, soltero), y los espacios sociales entendidos como espacios de posiciones definidas por vectores de relaciones (a cada nodo se corresponde una lista de conexiones, por ejemplo: Ana [hermana], José [amigo], Esteban [vecino]).

Posiblemente, la respuesta a esta pregunta solo pueda establecerse por medio de observaciones de coyuntura, dado que solo hay un marco general para tratar la apreciación de lo similar y lo diferente. En otras palabras, cada dimensión en cada contexto presenta diferentes grados de variación entre sujetos respecto a su disposición a afiliarse con individuos iguales o diferentes. De esta forma, no es posible establecer *a priori* si ocupar una posición homóloga en el mercado (por ejemplo ofrecer un mismo producto) provocará lazos de competencia o de cooperación entre los involucrados. Un competidor puede devenir socio, pero también un proveedor o un cliente pueden serlo.

Estas alternativas son parte de los mecanismos por los que interactúan las distancias sociales, por atributos y por relaciones. Resulta importante no anular una por medio de la otra. Un error clásico de buena parte de la tradición marxista fue la asimilación de las condiciones de clase con las relaciones de clase, lo que generó que se atribuyera la ausencia de cooperación entre sujetos con iguales atributos a errores de percepción (por efectos de la ideología dominante, falsa conciencia, etc.), sin considerar que pudieran ser efectos endógenos de la interacción.

Sin embargo, compartir condiciones vinculadas a una actividad puede llevar, alternativamente, a relaciones de competencia, cooperación, dependencia, intermediación, o muchas otras, según configuraciones de espacios de intereses y de procesos de vinculación emotiva e institucional que dan significado a esos atributos. Por esta razón, la idea de que estos atributos tienen un sentido en sí mismo, más allá del proceso en el que se hallen inmersos y de la historia relacional de los actores, es por lo menos cuestionable y difícil de sostener empíricamente.

En relación a las redes personales, es esperable que los ámbitos, las condiciones de clase y los procesos personales que vivan los sujetos alteren o resignifiquen sus criterios para relacionarse con otros, y que sus orientaciones varíen en torno a las alternativas que lo acercan o alejan de personas similares y diferentes.

El análisis de la edad de los vínculos con el capital educativo muestra una relación inversa: a mayor capital educativo, mayor es también la proporción de vínculos de entre jóvenes de 18 y 35 años en las redes (Figura 6.7). Mientras que quienes poseen un nivel educativo bajo tienen un 24,9 % de los vínculos en esa franja etaria, aquellos con nivel educativo alto mencionaron un 53,5 % de personas en esa condición ($p < 0,001$).

La mencionada asociación, posiblemente, deba ser entendida a la luz de los altos niveles de concentración de vínculos jóvenes entre las personas de menos edad, en conexión con el hecho de que las generaciones más recientes poseen mayor nivel educativo en promedio que aquellas de más edad. En consecuencia, el nivel educativo muestra esta tendencia (mayor nivel de vínculos jóvenes), mientras que el capital económico no: aquellos con un capital económico bajo tienen prácticamente igual número de vínculos con personas de entre 18 y 35 años que quienes tienen un capital económico alto (46,5 % los primeros y 45,4 % los segundos).

Respecto a la edad y al sexo, los resultados sobre la relación entre espacio social y espacio vincular confirman las tesis generales sobre homofilia⁸ para los vínculos personales, dado que en la mayor parte de los casos se trata personas de iguales atributos.

Sin embargo, si bien esto es cierto tanto para la edad como para el sexo, la interacción entre individuos de diferentes edades, aunque minoritaria, no es despreciable. En la interacción por edad en mayores de 36 años, más de un 35 % de los vínculos suceden entre personas de diferentes grupos etarios.

En las distribuciones totales por edad, incluso cuando podría parecer que existe una preferencia hacia vincularse con personas de menor edad (el 44,9 % de los vínculos están en la categoría 18 a 35 años), las proporciones de vínculos prácticamente replican las distribuciones poblacionales de edad relevadas en el Censo de 2001 para el total país: 41 %, 33 % y 25 %⁹.

Respecto al sexo, si se considera que estos vínculos incluyen la posibilidad de lazos de confianza con vínculos familiares y con parejas (presentes o pasadas), la composición de lazos por sexo muestra un alto grado de segregación. El 77,2 % de los vínculos mencionados

8. La 'homofilia' se define como el grado en el cual una persona se relaciona o encuentra atractivas a personas similares a ella, por oposición a la heterofilia, según la cual las preferencias se inclinan aquello que sea diferente.

9. Elaboración propia en base Censo Nacional de Población, Viviendas y Hogares de 2001 (INDEC, 2001).

por varones eran también hombres, mientras que las mujeres mencionaron a personas de sexo femenino en un 83,2 % ($p<0,001$).

Si bien es conocido que las personas se relacionan mayoritariamente con individuos de edades similares y de mismo sexo dentro de las familias y con sus amistades, la relación entre la edad y la clase social resulta compleja.

Figura 6.7. Distribución de la población adulta (18 años y más) por edad y sexo de los *alters* según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

Distancia a la vivienda (% por fila)	Edad				Sexo		
	18 a 35	36 a 55	56 y más	Total	Varón	Mujer	Total
Capital educativo*							
Bajo	24,9	37,6	37,4	100,0	43,5	56,5	100,0
Medio	51,1	33,8	15,1	100,0	49,6	50,4	100,0
Alto	53,5	29,9	16,6	100,0	43,0	57,0	100,0
Capital económico**							
Bajo	46,5	35,5	17,9	100,0	44,5	55,5	100,0
Medio	43,0	34,1	22,9	100,0	41,4	58,6	100,0
Alto	45,4	31,4	23,2	100,0	49,7	50,3	100,0
Edad							
18 a 35	79,2	15,8	5,0	100,0	49,5	50,5	100,0
36 a 55	17,7	64,5	17,8	100,0	44,2	55,8	100,0
56 y más	10,5	26,2	63,3	100,0	38,9	61,1	100,0
Sexo							
Varón	51,3	31,4	17,3	100,0	77,2	22,8	100,0
Mujer	39,2	35,2	25,6	100,0	16,8	83,2	100,0
Total	44,9	33,4	21,7	100,0	45,6	54,4	100,0

* Capital educativo considerado por nivel educativo del encuestado agrupado en: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

** Capital económico calculado como terciles de ingresos familiares por equivalente adulto en el hogar.

Nota: Para las personas con vínculos, el cuadro presenta los valores contabilizando a cada una de ellas tantas veces como vínculos declararan.

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

Se hace entonces manifiesta la diferencia entre el capital educativo y el económico, pues el primero se encuentra anclado a experiencias vividas en edades más tempranas, a diferencia del segundo. El educativo representa, a la vez, la reunión que las instituciones educativas realizan en su interior (pues mantienen juntas una gran cantidad de tiempo a personas de similar nivel educativo y edad), así como también los lazos –altamente segregados

en términos de heterogeneidad de clase— que de esta forma generan y perduran en el tiempo.

Las relaciones de clase, por su parte, son condicionantes que operan a partir de una combinación de ubicaciones: no solo el ‘ego’, el encuestado, se encuentra localizado desde el punto de vista de la estratificación, sino también cada uno de sus ‘alters’, de los miembros de su red con quienes interactúa. Es central ver la dinámica de los vínculos como algo interactivo y hacer que intervengan —en la medida de lo posible— las características conocidas de las personas en relación. Cuando esto no ocurre, se corre el riesgo de imputar efectos o consecuencias al hecho de tener ciertos atributos en tanto que persona individual (cuando bien podrían no ser igualmente condicionantes al carecerse de cierto tipo de vínculo) o, en el otro extremo, suponer facultades a los vínculos que no podrían ser efectivas sin el acompañamiento por parte de los sujetos de ciertos recursos, habilidades o condiciones individuales.

Al evaluar la relación entre el nivel educativo de los *egos* y de los *alters*, se observa un alto grado de selectividad en los vínculos: mientras que un 69,2 % se corresponde al mismo nivel educativo (universitario completo o incompleto), existen solamente un 5,9 % de vínculos ente universitario y personas de nivel educativo bajo ($p<0,001$). Sin embargo, si bien las distribuciones muestran grupos diferenciados (quienes tienen más estudios tienden a juntarse con personas de nivel educativo semejante), incluso aquellos de capital educativo alto y bajo reservaron al menos un 30 % de vínculos de niveles educativos diferentes.

Esta diversidad es aún más visible en la estratificación por capital económico, con algo menos de la mitad de nivel educativo alto (universitario completo o incompleto) en el nivel económico alto. Al mismo tiempo, quienes tienen un nivel económico bajo poseen un 17,8 % de personas con estudios universitarios entre sus vínculos ($p<0,001$). El control por edad y sexo mostró variaciones siempre más leves que las observadas por clase social, donde los más jóvenes exhiben un mayor nivel de acceso a vínculos con pasaje por espacios universitarios, con un 39,5 % de los vínculos en esa franja etaria. En los mayores a 56 años, en cambio, los vínculos con universitarios no superaron el 26,9 % de los casos ($p<0,001$).

Por sexo, la diferenciación no fue significativa ($p=0,078$), con valores absolutos de 30,6 % y 35,0 %.

En términos generales, las observaciones empíricas son consistentes con los supuestos por los cuales tendería a producirse una mayor empatía —o, estrictamente, un mayor nivel de interacciones estables— entre personas

cercanas en términos de atributos. Estas distancias, vistas por edad, sexo y nivel educativo, mostraron al mismo tiempo que sin embargo las operaciones de asociación y selección no constituyen un espacio de segregación absoluta, y que las interacciones entre sujetos con capitales y/o características diferentes ocurren con frecuencia y regularidad en todos los niveles observados, si bien los extremos se muestran más polarizados que los sectores con niveles medios de capital.

Figura 6.8. Distribución de la población adulta (18 años y más) por nivel educativo de los *alters* según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

Distancia a la vivienda (% por fila)	Nivel educativo del <i>alter</i>			Total
	Secundario incompleto o menos	Secundario completo	Universita- rio completo o incompleto	
Capital educativo*				
Bajo	71,5	22,5	5,9	100,0
Medio	41,0	42,7	16,3	100,0
Alto	10,9	19,9	69,2	100,0
Capital económico**				
Bajo	57,4	24,7	17,8	100,0
Medio	48,8	26,3	24,9	100,0
Alto	16,2	34,2	49,6	100,0
Edad				
18 a 35	30,9	29,6	39,5	100,0
36 a 55	41,9	31,2	26,9	100,0
56 y más	48,5	24,6	26,9	100,0
Sexo				
Varón	37,3	32,1	30,6	100,0
Mujer	38,8	26,2	35,0	100,0
Total	38,1	29,0	32,9	100,0

* Capital educativo considerado por nivel educativo del encuestado agrupado en: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

** Capital económico calculado como terciles de ingresos familiares por equivalente adulto en el hogar.

Nota: Para las personas con vínculos, el cuadro presenta los valores contabilizando a cada una de ellas tantas veces como vínculos declararan.

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

Al respecto, es posible señalar la operatoria de las redes personales como

mecanismo de refuerzo de estructuras materiales y simbólicas de clase. En tanto tal, los lazos observados privilegian la sociabilidad con personas de similar posición en la estratificación social (por nivel educativo y por sexo y edad).

Podemos suponer así que aquello que Bourdieu identificara como el *habitus* de clase, así como los marcos de referencia de Goffman, dependen en buena medida de la realización de los lazos intraclase e intragrupo (de edad y sexo) para poder perdurar en el tiempo, a pesar del carácter espacial y temporalmente limitado de las vidas de los sujetos que los encarnan y resignifican. Esto se ve reflejado ya no solamente en las etapas de socialización primaria y temprana socialización secundaria, sino que merece ser registrado como un conjunto de canales que actúan entre adultos de diferentes franjas etarias. La interacción cotidiana mantiene, extiende y adapta las representaciones y explicaciones compartidas entre individuos de similar posición, establece contrastes y transmite información relevante entre diferentes estratos puestos en relación por medio de –entre otras vías– las redes personales.

Conclusiones

De esta forma, se han visto diferencias y matices por estrato en las subdimensiones de las redes personales. Estos se han manifestado en forma diversa según tipo de capital, mostrando la distancia de experiencias que uno y otro tipo (económico y educativo) llevan implícitas en los sujetos estudiados.

Es menester señalar que las redes personales son la representación de un proceso continuo que abarca el devenir material de muchas interacciones entre personas situadas en un espacio, tiempo y tipo de roles definidos.

Es importante en consecuencia no perder de vista que aquello objetivado analíticamente bajo el término ‘vínculos’ es una experiencia cotidiana que se desarrolla de manera sucesiva, por actos que ocurren uno tras otro, como una conversación de discursos y acciones que dos o más sujetos sostienen, interrumpen y reeditan a lo largo –con frecuencia– de años o décadas.

En consecuencia, para relacionar las clases sociales con las redes personales, es fundamental tener presente la condición antes mencionada: los vínculos interpersonales son procesos portadores de contratos y de actividades. De tal modo, se evita la reducción del nivel de los vínculos a un plano externo a los sujetos, al que ellos podrían recurrir en caso de necesidad y del que podrían mantenerse al margen tanto como prefieran. Que, en efecto, los miembros de la red sean personas a las que se les pueda pedir favores

y contar con ellos para ciertas necesidades no debe conducir a una caracterización de la red personal como formación social edificada para esos fines. Si las redes personales cubren necesidades operativas es, en definitiva, un hecho contingente.

A partir de esta caracterización, la relación de cada dimensión analizada con las redes personales toma un rol particularmente relevante.

En el caso de las mujeres, por ejemplo, la inserción vincular familiar da cuenta de la vigencia –aunque parcial– del enmarcamiento de lo femenino en lo doméstico, y más ampliamente, en lo interdoméstico (recordar que se han investigado lazos entre adultos que no conviven). Esta proyección provoca en las relaciones una probabilidad disminuida de privilegiar –entre las mujeres– lazos de amistad. Ello da cuenta de un proceso largo de socialización endógeno a la familia ampliada, o dicho por su opuesto, más reticente a insertar lazos en la sociedad amplia.

Es similar lo que acontece con el barrio, que es visto a través de la red como el espacio de socialización en los estratos más bajos, pero también de creciente importancia al aumentar la edad.

Al mismo tiempo, no debe subestimarse la capacidad de cada subgrupo de procurar contacto con la diversidad de experiencias que las redes personales señalan. Se ha constatado que, en los estratos más bajos, entre una cuarta y una quinta parte de los vínculos se establecen fuera del radio de las veinte cuadras (2 km). De igual modo, en el grupo de más bajos ingresos, casi un 18 % de los *alters* (de las personas nombradas por los encuestados) pasó por espacios universitarios. Ello da cuenta de la capacidad de los lazos personales de acercar a los sujetos sin que la homogeneidad de clase sea el único factor determinante. Por el contrario, estos lazos heterogéneos han existido en mayor o menor medida en todas las subdimensiones relacionales observadas.

En consecuencia, habida cuenta de estos desplazamientos, es decir, de estas libertades y de estos condicionamientos parciales –que nunca son determinaciones completas– responder a la pregunta central de esta investigación requiere de un análisis que permita distinguir la dependencia de la libertad percibida respecto de la clase social y de las redes personales separadamente, pero también, de las redes personales respecto de la clase social. Cabe preguntarse si las redes personales operan como mediadoras entre la clase social y la percepción de libertad, reforzando o suavizando esta relación, así como alterando los niveles absolutos de incidencia de la externalidad en los subgrupos poblacionales estudiadas.

En el siguiente capítulo, estas relaciones serán observadas en virtud de

su impacto en la percepción de autonomía, dando cuenta de la articulación en tres niveles que ha sido planteada al inicio entre estructuración, sociabilidad y elaboración subjetiva de la libertad.

Parte 4. La libertad en contexto

Hasta aquí, por medio de las variables y los indicadores de cada dimensión analizada, se observó el modo en el que los tres grandes niveles teóricos de este estudio (la sociabilidad, la estructuración y la libertad) aparecen en la forma de procesos que operan, en forma simultánea y permanente, en la vida cotidiana.

En los diferentes aspectos considerados, se hallaron mecanismos que marcaban grados parciales de correspondencia entre las manifestaciones de uno y otro nivel. De esta forma, por ejemplo, en los estratos de menor nivel educativo la amistad se circunscribió en mayor medida al barrio, mientras que en aquellos con mayor educación el peso de lo barrial era marcadamente menor.

Asimismo, el pasaje por espacios institucionales, se correspondió no solo con un mayor desanclaje de la localización urbana, sino también con vínculos más lejanos y menos ligados a lo familiar. De esta forma, parece manifestarse que la libertad social percibida opera con probabilidades diferenciadas según clase social e inserción vincular, y es a la vez un antecedente que condiciona la siguiente experiencia en estos niveles.

Cabe considerar entonces la sociabilidad –las relaciones interpersonales– a partir de dos funciones: articular la estructura social con la representación de libertad y, al mismo tiempo, operar como un campo autónomo que, independientemente de las condiciones de estratificación, incide en el desarrollo de la subjetividad individual.

Ambos niveles requieren, a nivel empírico, de un abordaje multivariado que permita independizar los efectos de la clase sobre la libertad, y reevaluar esta a la luz de la incidencia de la sociabilidad.

El planteo supone un abanico de alternativas ricas pero complejas. Surgen interrogantes respecto a las relaciones entre las redes personales y la libertad percibida se explicaban por interacciones entre las redes y la clase social, o si por el contrario la existencia de vínculos supone un tipo de influencia particular sobre la libertad percibida que se hacen para sí los sujetos. Asimismo, la distinción por categorías relacionales puede poner en evidencia relaciones parciales, en las que la libertad percibida esté asociada a condiciones de clase social solamente dada cierta condición relacional –por

ejemplo, no tener vínculos—. Así, esta dependencia se relajaría en la población que no presente tal condición.

En consecuencia, a través de los resultados se espera sostener la hipótesis de que la relación entre la clase social y las representaciones individuales de la libertad está mediada por el volumen (la cantidad) y el tipo de vínculos en que se hallan inmersos los sujetos.

La presencia de diferentes tipos de relaciones (tales como familiares, de amistad o barriales) suponen formas de sociabilidad diferenciadas, y su presencia o ausencia implican la participación en experiencias particulares de la vida social, así como el acceso diferencial a recursos materiales y simbólicos específicos de cada espacio.

Dentro de estas mediaciones, asimismo, cabe esperar que seguramente no todas las formas de sociabilidad experimenten efectos análogos para diferentes posiciones de clase. Como se ha constatado, el capital económico y el capital educativo han tenido relaciones particulares con los niveles familiares, barriales, de amistad e institucionales, y es posible presumir que algo similar suceda al evaluar la interacción agregada de ellas con la percepción de libertad.